

AINDA ESTOU AQUI

Héctor Gardez

Texto sobre la pieza “Samba”
de Reinaldo Ribeiro

Relatorías Danza en Breve
2025: COREOMANÍAS

“AINDA ESTOU AQUI” de Héctor Gardez Sobre la pieza “Samba” de Reinaldo Ribeiro

Amar Bharati es un sadhu, monjes hindúes que optan por el camino de la penitencia en busca de la iluminación y una vida plena, que desde 1973 se comprometió a realizar una penitencia única en honor al dios Shiva. Su ofrenda consistiría en mantener un brazo alzado sin bajarlo nunca más. Esta promesa le enfrentó a un dolor constante durante los primeros años, pero casi medio siglo después, sus cartílagos secos continúan alzados como una brújula que conduce su cuerpo hacia la trascendencia. También con los brazos en alto, como un eterno ritual, Reinaldo Ribeiro promete una “Samba” a su memoria, convocando a sus ancestras y trazando en el aire una ruta desdibujada que le devuelva a su playa de niñez. Sus brazos elevados, agotados, enérgicos y persistentes, parecieran evocar la atención de todo lo que danza en la orilla de una fantasmagórica playa, a la que su cuerpo migrado, transformado, bailado, gozado y cuestionado gritase “aún estoy aquí” (aún estoy aquí). Sus brazos, alzados, interpelan los míos, que reclinados sobre mi asiento de público experimentan el privilegio de nunca haber migrado, algo raro en una tierra donde el sino de la emigración es parte de todo lo que compone y descompone nuestras historias. Evocarme como un cuerpo migrado me obliga a alzar los brazos para volver rítmicamente a casa y, como Reinaldo, conjurar un origen y un lugar en el que descansen mis hombros.

No es casualidad que el “estar alzado” sea una expresión que alude a como los antiguos canarios se manifestaron ante la opresión y violencia de los colonizadores, manteniendo sus costumbres y modos de vida, aislados y hostiles ante la invasión. Estar alzados es una forma de estar alerta, de subir los brazos y llamar la atención al mundo para declamar una identidad particular, que rompa la hegemonía del discurso colonial imperante, aquí y en aquella playa donde otras palmas agitaban los juegos, las danzas e incertidumbres de un adolescente brasileño. Alzarse es también reconciliarse con un ritmo, unas formas o un color, abrazar y amar lo propiamente disidente para poder elevar los brazos al ritmo de los tambores de una “Samba”. Alzarse es desarmar el artificio y abrazar la honestidad que permite a Reinaldo subir los brazos para danzar libremente.

Aún estoy aquí es el título de la película de Walter Sales que hace unas semanas ha ganado el primer premio Oscar para Brasil. Esta película narra también una promesa perpetua, la de Eunice Paiva con la memoria de su marido y tantos desaparecidos en la dictadura militar brasileña durante los años setenta. Película y danza parecieran abrazar un mismo tiempo sobre la diáspora de una playa común. Mientras veía la película en una sala de cine, no podía dejar de imaginar a un Reinaldo niño, corriendo sobre la arena, que adherida a su cuerpo ahora convierte en purpurina. Memoria para sanar, para narrar y situarse, memoria para recordar todos los pedazos quebrados de un cuerpo en tránsito. Memoria en forma de fotos viejas en un cajón. Así, desde la memoria, la película y la pieza de Reinaldo son capaces de resistir al olvido y alzarse. Las fotos de aquel niño marica con un tocado de plumas en el Carnaval brasileño removieron mis recuerdos. Cuando llegue a casa, abrí mis cajas de fotos desordenadas y como Fernanda Torres en la película, me vi capaz de mirar el niño que fui, con mis plumas anudadas a la cabeza, la comparsa familiar y el cuerpo que sigo habitando. Abrí un álbum, coloqué en orden cada una de mis fotos y fui contándome una nueva historia. A ese niño de mis fotos y también a ese otro que ahora se aproxima con vértigo al medio siglo, como el persistente monje hindú, me gustaría decirles que deben elevar los brazos y danzar, que seguimos estando aquí, alzados y no bajaremos los brazos nunca más.